

§ II.

FRUTOS QUE SE LOGRAN DE LA CONSIDERACION DE LAS VIRTUDES QUE PRACTICARON LOS MARTIRES DURANTE SUS COMBATES.

19. ¡Oh! cuanto se aprende al considerar los heroicos ejemplos de virtud que dieron los santos Mártires en el tiempo de su suplicio! Al ver el desprecio que hicieron del mundo y de todas sus grandezas, se aprende en primer lugar á despreciar los bienes caducos de la tierra, y á cuidar únicamente con los bienes eternos. Las ofertas que les hacían los tiranos eran grandes riquezas, las primeras dignidades, reales nupcias, para que abandonasen la fé, pero ellos todo lo despreciaron, y se contentaron con ser despojados de todos sus destinos y fortunas, y se abrazaron con los hierros incandescentes, y con las muertes mas ignominiosas para no perder la divina gracia y los bienes eternos que promete Dios á los que le sirven. A S. Clemente ofreció el tirano una grande copia de oro y de piedras preciosas si hubiese renunciado á Jesucristo: entonces el Santo, vuelto hácia el Señor, exclamó; ¡Oh Dios! ¿y á que os comparam los hombres? ¡al polvo y al lodo! A S. Teodoro mártir se le ofreció, si dejaba la fé, la dignidad de pontifice. Al oír esto el santo se puso á reír, y dijo: ¿Yo pontifice? Yo espero ir á gozar de Dios en el cielo, y quereis que yo lo cambie por quedarme en la tierra á hacer de cocinero y de verdugo como hacen estos pontifices que ofrecen sacrificios de animales á númenes impostores?

20. Apréndese ademas á confiar en Dios, y adherirse mas íntimamente á nuestra fé, viendo resplandecer admirablemente en la constancia de los mártires el poder de Dios, que les da fuerza bastante para superar con tanto valor y júbilo los tormentos y la muerte: ¿Como tantas personas débiles, tiernas vírgenes, niños, viejos decrepitos hubieran podido resistir al dolor de tantos tormentos, cuya sola relacion llena de horror, parrillas, planchas de hierro, corazas ardientes, vergas, azotes, uñas de acero, que desgarraban el cuerpo hasta descubrir los huesos y las entrañas de aquellos santos, si Dios no les hubiese dado fuerza para sufrirlo? S. Barlamo, puesto en el Martirologio en el 19 de noviembre, pobre habitante de una aldea de Antioquía, mostrándose firme en confesar la fé de Cristo, el tirano le mandó azotar por mucho tiempo, hasta fatigar á los verdugos; despues le obligó á tener la mano en una llama que ardía delante de un ídolo y sobre de ella mandó poner ascuas con incienso, para que, sacudiendo el santo la mano por el dolor, ó cayendo el incienso con el fuego sobre el altar del ídolo pudiese decir que Barlamo habia sacrificado á aquel simulacro. Pero el santo se resignó heroicamente á que el fuego le abrasase la mano y los nervios hasta los huesos, y no quiso mover la mano, y en medio de los agudísimos dolores de aquel suplicio, dice la historia que acabó la vida. Este mártir merece los elogios de S. Juan Crisóstomo y de S. Basilio. Santa Eulalia era una niña de solos doce años. El tirano, ante todo, la mandó azotar, de modo que todo su virginal cuerpo se convirtió en una llaga, despues hizo derramar sobre aquella llaga aceite hirviendo: despues le mandó aplicar hachas ardientes

en el pecho y en los costados; y la santa, en medio de aquellos tormentos no hacia otra cosa que alabar á Dios. Despues le fueron dislocados todos los miembros, y con uñas de hierro desgarradas todas las carnes hasta los huesos. Por fin, no sabiendo ya que hacerse el tirano, la hizo quemar viva.

21. Si tratamos de tiernos jóvenes, san Victor de catorce años, fué así mismo atormentado primero con azotes y con el tormento, despues dilacerado con hierros hasta las entrañas. Su padre, que era gentil, se quejaba amargamente de ver como padecia su hijo, y el jóven le dijo: No, padre mio, yo con esta muerte no pereceré, antes iré al cielo para reinar allí eternamente. Y así murió gozoso entre los tormentos. Así murió tambien San Agapito, tierno jóven, el cual, amenazándole el tirano que le haria quemar la cabeza con un casco ardiente, le respondió: ¿Y qué mayor dicha puede caberme que perder mi cabeza, para verla despues coronada en el paraiso? Y realmente el emperador le mandó poner ascuas sobre la cabeza, despues le hizo azotar, colgarle de pies sobre una espesa humareda, tragar agua hirviendo, romperle las quijadas, y finalmente cortarle la cabeza.

22. Si de estos pasamos á los viejos, san Simeon, obispo de Jerusalem, á la edad de ciento y veinte años, despues de haber sido cruelmente atormentado, como escribe Eusebio Cesariense, murió valerosamente en una cruz. S. Felipe, obispo de Eraclea, cuyo martirio referiremos por estenso en su lugar, siendo ya de edad decrepita, fué por órden del tirano arrastrado de pies por toda la ciudad: despues le mandó azotar, hasta descubrirsele los huesos y las entrañas, y finalmente le

hizo morir en las llamas; y el santo viejo, hasta que espiró no cesó de dar gracias al Señor, que así le hacia morir para su gloria.

23. Ademas, al considerar la paciencia de los mártires en sus suplicios muévase el alma á sufrir con paciencia las adversidades y miserias de la vida, la pobreza, los dolores, las persecuciones, los desprecios y todos los otros males que son de un peso muy ligero si con lo que sufrieron los mártires se comparan. El consuelo mayor que endulzaba las penas de aquellos héroes santos, las injurias, las injusticias y demas tormentos que sufrían era el imaginarse ser la voluntad de Dios que padeciesen aquellos malos tratamientos por su amor. Y así nosotros cuando nos veamos afligidos por alguna tribulacion, pensemos que mucho mas graves fueron los tormentos de los mártires, y ruborizémonos de lamentarnos de ser atribulados, antes bien resignémonos con la voluntad de Dios. Decia S. Vicente de Paul: La conformidad al querer divino es el remedio para todos los males.

24. Aquí se debe advertir lo que dice san Agustin, que no la pena sino la causa del martirio es lo que hace los verdaderos mártires: *Martyres veros non poena facit, sed causa.* (S. Aug. Epist. 167.) Y enseña tambien santo Tomás (2, 2 qu. 124, art. 1, ad 3.) ser verdadero martirio el sufrir la muerte por ejercitar un acto de virtud. De lo que se infiere que tiene el mérito del martirio, no solo el que da la vida por la fé por mano del verdugo, sino tambien el que acepta la muerte para cumplir la divina voluntad y dar gusto á Dios, que es un acto de la mas escelente virtud, porque es un entero sacrificio de sí propio al divino amor. Ya que pues to-

dos hemos de pagar el tributo de la muerte, procuremos en nuestras oraciones aceptar gustosos la muerte para cumplir la voluntad de Dios cuando él nos llame para partir de este mundo. Y cada vez que se practica este acto de todo corazón, se contrae un mérito muy semejante al que contrajeron los mártires en dar su vida por Jesucristo. Santa María Magdalena de Pazzi siempre que rezaba el *Gloria Patri* en el oficio divino, bajando la cabeza, se disponía interiormente á inclinarse como para recibir el golpe fatal del verdugo.

25. Apréndese á mas de esto á recorrer con frecuencia á Dios cuando nos sentimos débiles y casi desalentados para sufrir con resignación algun trabajo un poco duro, alguna pérdida muy sensible, ó alguna enfermedad muy dolorosa. Así lo hacían los santos mártires. Cuando el tormento era mas agudo y penetrante redoblaban sus súplicas á Dios, y el Señor les socorria, y así quedaban victoriosos. S. Teodoto, después de haber sido atormentado por el tirano con varios géneros de martirio, fué estendido sobre tiestos llenos de fuego. Sintiendo entonces el santo que el dolor le penetraba hasta las entrañas, rogó al Señor que se lo mitigase algun tanto, y así obtuvo la fortaleza de resistir á los tormentos hasta la muerte. Lo contrario sucede á muchos cristianos, que puestos en el tormento de la tribulación, olvidan el recorrer á Dios, y caen y se pierden en su descuido. Se lee, y es digno de notarse, en la historia de los mártires del Japon, que un viejo, condenado á morir serrado poco á poco por una caña hasta que espirase, se mantuvo firme por mucho tiempo sufriendo aquel tormento; pero estando para dar el último aliento dejó de enco-

mendarse á Dios, renegó de la fé, y al momento el infeliz espiró. Lección utilísima para todos, que nos enseña que la perseverancia en rogar y recorrer al Señor en el tiempo en que nos faltan las fuerzas para resistir á las tribulaciones ó tentaciones, es lo que nos alcanza la salud.

26. Nos enseña sobre todo de amar á Dios, en lo cual está nuestra salud: *Qui non diligit, manet in morte* (1. Ep. Juan., 3, 14). El que no ama, muerto está. Nuestro afecto á Dios no tanto se prueba con el mucho trabajar para su gloria, como con el mucho sufrir por su amor. Así los santos mártires, con sus inmensos padecimientos, han manifestado el amor grande que le tenían. S. Gordiano mártir respondió al tirano que le amenazaba la muerte si no renunciaba á Jesucristo: Tú me amenazas con la muerte, y yo solo siento no poder morir mas que una vez por mi amado Jesucristo. Así mismo S. Procopio mártir, mientras el tirano le estaba haciendo atormentar decia: Atórméntame cuanto quieras, pero has de saber, que para quien ama á Jesucristo no hay cosa mas dulce que padecer por su amor. Dice S. Bernardo, ¿y qué, hablaban así estos santos, porque eran estúpidos é insensibles á los tormentos? Nó, responde el mismo santo: *Hoc non fecit stupor, sed amor* (Serm. 51, in Cant.). No eran no estúpidos los mártires; sentían con toda su viveza el dolor de los tormentos que se les aplicaban; pero como amaban mucho á Jesucristo, tenían por una ganancia el padecer mucho y dar la vida por su amor. Este es, pues, el mayor provecho que podemos sacar de la lectura de las historias de los mártires: al leer los tormentos y barbaridades que en sus personas ejercieron los tiranos, nos debe hacer avergonzar de lamentarnos de las tribulaciones que

nos envia Dios en esta vida, y nos da valor para aceptarlas sin turbar nuestra paz interior.

27. Siendo la muerte el mayor tributo que todo hombre ha de pagar, es tambien la mayor tribulacion que espanta hasta los santos. Nuestro mismo Salvador en cuanto á hombre quiso darnos á entender el temor que le inspiraba la muerte, cuando la tenia cerca, hasta rogar á su Padre que le librase de ella; pero al mismo tiempo nos enseñó á aceptar la muerte segun Dios la tiene dispuesta, diciendo: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu* (*Matt.*, 27, 39). Con esto han ganado los mártires la gloria del martirio, habiendo aceptado la muerte para agradar á Dios y conformarse con su voluntad; porque, como dijimos ya, siguiendo á S. Agustin, no la pena, sino la causa y el objeto de la muerte es lo que hace los mártires. De ahí es, que aquel que muere aceptando gustoso la muerte y todas las penas que le acompañan para cumplir con la voluntad de Dios, aunque no muera por mano de verdugo, muere no obstante con el mérito de mártir, ó á lo menos, muy semejante á él. Dedúcese ademas que cuantas veces se ofrece uno á sufrir el martirio por amor de Dios, tantas veces adquiere el mérito de mártir. Ya hemos dicho antes que santa María Magdalena de Pazzi, siempre que rezaba el *Gloria Patri* inclinaba la cabeza, figurándose recibir el golpe del cuchillo. De este modo veremos en el cielo muchos santos doblemente coronados con el mérito del martirio sin haber sido mártires.

28. Por último, esta lectura es una viva exortacion para que tengamos grande confianza en encomendarnos cada dia á la intercesion de los santos mártires, cuyas súplicas son muy eficaces para un Dios. Cuando pase-

mos por algun trabajo algo pesado, ó deseemos una especial gracia, hagamos una novena, ó á lo menos un triduo, en honor de los santos mártires, y fácilmente conseguiremos la gracia: *Honoremus beatos martyres*, escribe S. Ambrosio (*Serm.* 95), *principes fidei, intercessores mundi*. Si el Señor promete la paga á cualquiera que da un vaso de agua á un pobre, ¿qué no hará por aquellos que le han dado la vida á fuerza de tormentos? Porque es preciso advertir, que los mártires, antes de recibir el golpe mortal, se preparaban, como ciertamente debemos creer, mil y mil veces á sufrir todos los tormentos y la muerte; y así al terminar su vida morian con el mérito, no de un solo martirio, sino de todos aquellos que antes en su corazon habian aceptado y ofrecido á Dios; de lo cual podemos inferir con que cúmulo de méritos al morir entrarían en el cielo, y de consiguiente cuanto vale para con Dios su mediacion.

ORACION

A LOS SANTOS MARTIRES PARA ALCANZAR SU INTERCESION.

29. O santos príncipes del paraíso, vosotros, que sacrificasteis á Dios cuanto en este mundo teniais, bienes, honores y vida, y ahora dichosos reinais, en el cielo, ricos de placer y de gloria, y seguros para siempre de la corona que por vuestros padecimientos habéis merecido, habed piedad de nosotros, infelices peregrinos, que en este valle de lágrimas gemimos inciertos de la suerte que deberá tocarnos en la eternidad.

Alcanzadnos pues de aquel Señor, por quien padecisteis tantos tormentos, y que tanto os ama y tan cerca de sí os tiene ahora, alcánzadnos, os ruego, que nos conceda un grande amor hácia Dios, que nos dé fuerzas para sufrir con resignacion las miserias de esta vida, vencer todas las tentaciones de nuestros enemigos, y perseverar así hasta la muerte; para que un dia podamos tambien venir á vuestro lado para loar y amar aquel bien infinito que vosotros estais gozando y amando cara á cara. Así sea.

§ III.

DE LOS DIVERSOS TORMENTOS QUE SE EMPLEARON EN EL SUPPLICIO DE LOS MARTIRES.

30. El P. Mamachi, en su difícil y erudita obra de las *Costumbres de los primitivos cristianos*, ha recogido noticia de los varios tormentos que fueron empleados contra los mártires, de los antiguos escritores contemporáneos de los mismos mártires, como fueron S. Justino mártir, Tertuliano, Atenágoras, Eusebio Cesariense, Clemente Alejandrino, y otros semejantes. El referido P. Mamachi describe minuciosamente aquellas diversas suertes de tormento con que fueron afligidos y arrancados de la vida los siervos de Jesucristo durante las diez persecuciones de los emperadores romanos. Aquí no haré mas que una breve descripcion de ellos para dar mejor á conocer cuan ricos de méritos volarian al cielo aquellos santos héroes á recibir su inmortal corona.

31. Del tormento de las *crucés*. Unos eran crucificados con clavos, ó garfios, y clavados con ellos en la

cruc, como lo fué nuestro Señor Jesucristo. Otros eran atados en la cruz cabeza abajo, como lo fué S. Pedro, segun refiere Eusebio despues de Origenes. Otros eran enclavados en la cruz, á cuatro brazos, como aquella en que murió S. Andres. A otros les hacian pasar los brazos por debajo los de la cruz, y haciéndoles dar vueltas por la parte superior les clavaban las manos, tormento notablemente cruel. A otros les colgaban de un árbol con los brazos atados detras, colgándoles tambien en los pies pesos enormes. Algunas mugeres eran colgadas en alto por los cabellos, tormento que les hacia morir de dolor. A otros suspendian de pies en un árbol. A otros colgaban de un solo pie, cabeza abajo. A otros despues de haberlos suspendido de una altura, ataban á su cuello una cuerda de la que pendia una grande piedra. Otros eran clavados de manos á una viga, atándoseles un gran peso á los pies.

32. Del tormento del *fuego*. A otros se colocaba sobre unas parrillas con carbones encendidos debajo. Otros eran metidos cabeza abajo en calderas de aceite y pez hirviendo. Otros eran colgados con la cabeza hácia el suelo, en donde se encendia gran porcion de paja ú otra materia húmida, muriendo sofocados por el mismo humo. A otros les cubrian con un vestido de pez ú otra materia inflamable, y les ataban de pies á cabeza á un palo: encendiase despues este vestido que se llamaba *túnica de fuego*, ó como la llama Tertuliano, *túnica incendiaria*, y de este modo los hacian morir. Otros eran metidos en hornos ardientes. Otros eran colocados juntos en un barquichuelo en medio del mar, y allí eran abrasados todos juntos. A otros se les hacia morir dentro toros de bronce rojos de fuego. A otros, atados, se les ator-

mentaba con hachas encendidas, ó planchas incandescentes, ó corazas de hierro ardiente. Sobre otros, atados y extendidos sobre la tierra, se derramaba aceite hirviendo, ó plomo derritido. Otros por fin eran asados y tostados como pedazos de carne.

53. Del tormento de los *azotes*. Estos azotes eran de varias especies : de correas, de palos, de nervios de buey, de cadenas de hierro, de varas, ó tal vez de varas erizadas de espinas, ó cubiertas de agudas puntas, que se llamaban *escorpiones*. Eran atormentados con estos azotes los siervos de Dios, atados á un palo, ó tal vez á cuatro palos para mas hacerles sufrir. Otros eran puestos en un *cepo* : este cepo se componia de dos grandes piezas de madera, puestas una sobre otra, y en medio de ambas se ponian las piernas de los que habian de ser atormentados, sufriendo al mismo tiempo los azotes. Otros eran extendidos de espaldas sobre una tabla erizada de gruesos clavos, y allí eran apaleados.

54. Del tormento del *hierro*. Estos hierros consistian en ganchos de hierro, de los cuales se colgaba á los cristianos ; en uñas de hierro con las que se iban desgarrando sus carnes hasta los huesos y las entrañas. A otros con hierros se les rompian y hacian saltar todos los dientes, uno tras otro. A otros se les rasgaban las carnes con peines de hierro. Otros eran descuartizados. Otros atados en tierra eran hechos pedazos con una destal. A otros se les cortaban los miembros uno por uno, empezando por los dedos de los pies hasta los muslos, y por los dedos de las manos hasta el pecho, quedando el cuerpo reducido á un solo tronco. Otros eran extendidos sobre la circunferencia de una rueda, y esta rueda se hacia pasar sobre muchos hierros agu-

dos fijos en tierra. A otros, atados sobre unas tablas, se les abria el vientre con el cuchillo, y se les arrancaban las entrañas. Otros eran atormentados con los ecúleos, otros con la tortura. A otros se les ungia con miel, y se les ponía al sol para ser atormentados por las moscas y por las abispas.

55. De mil maneras eran, pues, las muertes con que se arrancaban la vida á los santos mártires. Morian apedreados, decapitados, ahogados por la garganta, arrojados al agua. Estos eran atados en dos árboles encorvados, que volviendo despues á su lugar, partian al mártir de medio á medio. Aquellos eran arrojados al mar dentro de un saco, unos despedazados por los perros, devorados por las fieras, otros oprimidos de peso ó de hambre. Y de este modo, en el decurso de trescientos años, en las diez persecuciones de los emperadores romanos se hizo una brillante cosecha de mártires para el paraiso. He querido mentar todos estos diversos tormentos, cuyo solo nombre causa horror con el fin de que abracemos con mayor paciencia los dolores y las enfermedades que nos envía Dios, las cuales por ásperas que sean, no podrán jamás igualar de mucho los tormentos que sufrieron los mártires.

